

EL MOTÍN

Año XXXVI.

Madrid, Jueves 20 Abril 1916.

Número 16.

Fraternidad republicana

“Miserables, infames, y soplones;
degradados, rufianes, y perdidos;
canallas, barateros, y bandidos;
vagabundos, famélicos, y hampones...

Chantagistas, rateros, y ladrones;
traidores, confidentes, y vendidos;
viciosos, impotentes é invertidos;
sapos, cerdos, cobardes, y follones...”

Los que allá en Barcelona se han lanzado
esas y otras palabras deprimentes
en el pasado electoral combate,
tanto el escepticismo han aumentado,
que hoy exclaman muchísimos creyentes:
lasciate ogni speranza voi ch'entrate (1).

José Nakens

(1) Dejad toda esperanza los que entráis.

Un rato de charla

Triunfo amargo

Que el triunfo no siempre produce satisfacciones, lo estoy experimentando ahora ya.

La vergonzosa aunque esperada y lógica derrota del republicanismo en estas elecciones, ha venido a darme le razón contra todos los fetichistas y mentecatos que censuraban mi campaña; es decir, que he triunfado.

Y, no obstante, siento la tristeza del que acierta en el pronóstico de la enfermedad de un ser querido. ¡Qué no daría por la satisfacción de confesar que se había equivocado!

Igual me pasa á mí en estos instantes. Quisiera que los republicanos tuvieran derecho á burlarse de mí, por haberme engañado al decir que llegaría un momento en que el republicanismo se vería derrotado y menospreciado.

Cuando pienso en las censuras que se me han prodigado, y en los abando-

nos que he sufrido por anunciar que nos veríamos como hoy nos vemos, tengo que hacer un gran esfuerzo para no dejarme llevar de la indignación que provocan todas las injusticias, y vengarme ahora devolviendo golpe por golpe.

Mas no lo haré. La venganza aumentaría el amargor de este deplorable triunfo mío.

Mi aplauso

No censuro á los republicanos que han emitido honradamente su voto en las últimas elecciones, es decir, no pensando en otra cosa que en servir al ideal.

Pero reservo mi aplauso para los que no han votado, demostrando así el asco profundo que sienten al ver la labor que realizan los que los han obligado á encerrarse en sus casas para que no les creyeran cómplices suyos.

El día que alguien encuentre la fórmula para sacar á esos hombres de su retraimiento, volverá á ser el republicanismo una esperanza y una ga-

rantía para esta nación, que hoy sólo ve en nosotros, tomando la parte por el todo, y juzgando á los que callan por los que chillan, un abigarrado conjunto de necios, charlatanes y videntes, incapaces de hacer nada grande en ningún sentido.

Y el día que esto se consiguiera, sacarlos del retraimiento, hasta los mismos republicanos se admirarían de la fuerza y el vigor que el partido puede todavía desplegar.

Mi propósito

Ahora que las elecciones han pasado, y nadie puede ya con justicia decir que mi campaña ha restado ni un voto á un candidato republicano, voy á ir exponiendo poco á poco, con calma y serenidad, todo lo que he venido callando tiempo há por no matar ilusiones, quitar fe, ni ahuyentar esperanzas.

Desde hoy, seguro ya de que no puedo desorganizar ni deshacer nada, por estar todo deshecho y desorganizado, diré cuanto pienso, sintiendo, sin embargo, decirlo: siempre es desagradable hacer confesiones de esta clase.

Y como nunca censuré por odio, pues no he sentido todavía esa pasión, aunque alguna vez la haya literariamente ensalzado...

Ni por envidia, porque mi amor propio me impidió siempre tenerla de los que no hicieron nada que se saliera de los moldes vulgares...

Ni por hacer vacantes para ocuparlas yo, puesto que jamás sentí la necesidad de ser siquiera ni vocal de un comité de barrio...

Puedo asegurar de antemano que no perderé en ningún caso la serenidad y la calma, tan necesarias para emitir imparcialmente el juicio, y que diré en estilo liso y llano lo que pienso, estomagado cada día más del estilo altisonante y rimbombante que emplean muchos correligionarios míos hasta para decir simplezas ó ne-
edades.

Impurezas de :: la realidad ::

Aunque sea triste y doloroso confesarlo, hay que rendirse á la evidencia: varios republicanos, pocos en número, le han quitado al partido aquella aureola de desinterés que tanto prestigio le daba y tanto respeto infundía.

¿Que las inmoralidades no se han

probado, que la calumnia en política es arma corriente, y que deben despreciarse las murmuraciones?

Cierto es; pero lo que no podemos negar, porque lo vemos, es que concejales y diputados que no tenían ni una peseta al ser elegidos, han variado de posición, sin que sepamos que les haya tocado la lotería, ni heredado á ningún Romaguera, ni entrado en negocios industriales ó comerciales que justifiquen tal cambio.

¿Que no debe decirse lo que no puede probarse? Opino lo mismo, como también que no debe hacerse lo que no puede decirse. ¡Pero vaya usted á poner puertas al campo! No hay manera de evitar que las gentes se fijen en el republicano que desempeña un cargo gratuito, no tiene rentas, y vive en grande.

Mas dejémonos de eufemismos y de distingos capciosos; verdad ó mentira, el hecho es este: que nadie atribuía antes á ningún republicano actos de esta clase, y ahora apenas se habla de una inmoralidad sin que se cite á alguno.

¿Se alude al fondo de reptiles? Sale á plaza el nombre de algún periódico republicano.

¿Hay empresas que subvencionan el silencio? Pues ídem ídem.

¿Se susurra que hay diputados amparadores de casas de juego? Entre ellos se interpola el nombre de algún republicano también.

¿Se habla de la explotación de esa ruleta disfrazada conocida por *Tiro al blanco*? Se señala á algún diputado republicano igualmente.

¿Se contrabandea en la frontera francesa? El diputado tal interviene.

¿Se refiere que en tal ó cual municipio se chanchullea? Entre los concejales monárquicos inmorales se desliza el nombre de algún republicano.

Y ceso en la enumeración, porque resultaría larga.

Y yo pregunto:

¿Qué hemos hecho ni qué hacemos para impedir que esas imputaciones pasen desde el individuo á la colectividad? ¿Para evitar que la opinión pública exclame: «¡todos son unos!»? Nada desgraciadamente.

¡Y si al menos los que han despuntado por codiciosos se hubieran distinguido por revolucionarios! En tal caso seguramente hubiéramos cerrado los ojos: la moral política no se distinguió nunca por lo escrupulosa.

¿Pero desprestigiarnos y no hacer nada? ¿No obligarnos á perdonar sus distracciones provechosas, trabajando á conciencia por traer la República? ¿Deshonrarla sin fecundarla? Esto es lo que no debe perdonarse.

Acusado Dantón de algo parecido lo que á ciertos republicanos de aquí se les imputa, pudo contestar arrogantemente, que había salvado su patria.

Si al ser acusados un día los repu-

blicanos de por acá, pudieran contestar, «¡hemos traído la República!», de fijo que, si no la moral, la patria agradecida les contestaría: «¡quedáis perdonados!».

Mas no ocurrirá esto. A los que explotan el nombre de revolucionarios con una Monarquía inmoral, no les conviene que venga una República honrada: saldrían perdiendo. Y tienen todos tan desarrollado el instinto de conservación, que se dirán sin dudapara su smokin: «más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer», y «vale más pájaro en mano que ciento volando».

Del mal el menos

Creo haber demostrado en mi ya larga labor de periodista, que no me distingo por lo pacato ni me escandalizan los atrevimientos de lenguaje que se ponen al servicio de la indignación. Y, sin embargo, declaro que desde hace algún tiempo, al leer lo que escriben algunos periódicos de mi comunión, me siento achicado, y dispuesto á reconocer humildemente que mi estilo, que yo reputaba atrevido en ocasiones, merece ser calificado de *vaselinesco* por lo suave, y de empalagoso por lo ñoño.

¡Caballeros! ¡Vaya una manera de lanzarse epítetos deshonrosos! Hay momentos en que llego á pensar que á este paso vamos á dejar muy pronto atrás en este *sport* filológico á los más desvergonzados clericales.

Y menos mal que la indignación se evapora sin duda al estampar los epítetos sobre el papel; que si no, sería cosa de leer cada mañana temblando la prensa diaria, y preguntándose: «¿cuántos duelos habrá hoy entre los periodistas republicanos? ¿Con cuántos correligionarios menos contaremos á la noche?»

Menos mal, repito, que el furor y el odio no pasan de los puntos de la pluma, y que podemos recitar tranquilamente esta redondilla de no sé quién, refiriéndose á los andaluces, mis paisanos:

«Nunca viven sin comadres,
y en sus desafíos todos
se dicen dos mil apodos,
y luego quedan compadres.»

De no tener la seguridad de que los republicanos que hoy se ponen como guñapos, resultarán mañana *compadres* ante una urna electoral, viviríamos en zozobra continua, y sin poder dedicarnos á otra cosa que á acompañar cadáveres de periodistas republicanos al cementerio.

Afortunadamente no les da por ahí el naípe.

Y del mal el menos.

¿Unión ahora? ¡No!

Que he sido siempre partidario de la unión de los republicanos, nadie puede negarlo.

Que por combatir á los que á ella

se oponían, ó la dificultaban, he tenido grandes contrariedades, lo saben todos.

Que realicé la unión más aproximada á la verdad que se ha hecho en el partido, no es un secreto.

Y que no llevé la mira de aprovecharme de ella, lo prueba la renuncia al acta que me ofreció Valencia.

Y á pesar de haber pensado y obrado así, ahora me sonrío desdeñosamente cuando oigo pedir con ansias vivas la unión á ciertos republicanos,

Unión que no surtiría hoy los efectos deseados, porque los republicanos no infundimos ya á los monárquicos ni respeto ni miedo; algunos dan á entender que nos tienen lástima; lo último á que podíamos haber llegado.

No nos engañemos: estamos completamente desacreditados en la opinión, y no somos garantía de nada; si acaso, de perturbación y desorden; no en el sentido revolucionario, que esto no asusta á los que desean que España se salve, sino en el de bullanga infecunda ó manipulación provechosa.

¡Miren cuándo se acuerdan de la unión los que la impidieron al creerse fuertes! Cuando preveen que en la elección próxima no saldrán diputados; cuando ven en el aire esas actas que no utilizaron para combatir en el Congreso á la Monarquía, ni para levantar el espíritu de los abatidos, infundiéndoles los alientos necesarios para lanzarlos á una protesta viril. Sin duda creyeron que el partido no vería nunca el juego que se traían.

¿Para qué piden la unión ahora esos señores á que aludo? Sólo para asegurar el acta en lo sucesivo. Y, francamente, creo que es mucha pretensión la suya. El partido republicano debe representar en la vida política algo más que un conglomerado de ciudadanos que esperan pacientemente á que haya unas elecciones, para votar á Fulanito ó Menganito, que es para lo único que han servido todas las uniones hechas hasta ahora.

¿Que esto que aquí digo contradice un poco mis campañas en pro de la unión? Al contrario; las confirma.

La unión se hará, sí; pero será cuando todos los que hoy la piden al ver peligrar sus actas, pierdan hasta la esperanza de volverlas á alcanzar nunca; cuando se anuncien nuevas elecciones y todos los republicanos se retraigan; cuando pierdan por completo autoridad en el partido cuantos lo hayan engañado, explotado ó deshonrado. Entonces, entonces se hará la unión, no para ellos, sino contra ellos; una unión que vuelva á darnos patente de serios, de dignos, de revolucionarios, de honrados...

Hasta tanto, no caigáis en el lazo, republicanos que, por ser todo eso, os habéis retraído en estas elecciones. La palabra unión ahora, y en ciertas bocas, no tiene otro significado que este: asegurar el acta de diputado ó

concejal á los que vienen viviendo de la savia del partido.

Y no digo más por hoy acerca de esto.

La compra de votos

Se habla en estas, como en todas las elecciones, de que la ha habido en varios distritos. Lo condeno y me alegraría que se castigase á los que las han realizado. Quiero, no obstante, dar á conocer mi opinión sobre este asunto.

Cien veces menos indigno es el monárquico que compra votos para salir diputado, que el republicano que engaña al Pueblo para que se los dé, halagándole con esperanzas que él no abriga y ofreciéndole lo que sabe que no ha de cumplir.

El primero no engaña al que le vende el voto; hasta le paga por adelantado el servicio que va á prestarle: él es quien se expone á ser alguna vez estafado.

El segundo no da nada antes y quita casi siempre la fe luego.

¿Que esto que digo es una blasfemia política, pues el republicano vota y debe votar con arreglo á su conciencia, por amor al ideal y por convicción? Conformes en esto. Mas siendo así, maldita la necesidad que hay de excitarle, de animarle, de acosarle para que vote. ¿O se le considera incapaz de cumplir con su deber por sí mismo?

¿Que esto es negar la eficacia de la propaganda? No, aunque pudiera hacerlo, al ver que sólo se piensa en ella en los períodos electorales. Esto sin contar con que, para mí, la eficaz, porque llega á todas partes, es la que se hace en el Congreso.

Mas entre nuestros diputados es corriente el no acordarse hasta que terminan unas Cortes, de celebrar mitins para decir en ellos lo que debió haber figurado en el *Diario de Sesiones*.

Allí, allí, en el Congreso, es donde se consolida la autoridad popular; allí donde se pagan las deudas contraídas, se hace honor á la palabra dada y se aumenta el crédito para empresas futuras.

Pero ¡ay! ocurre lo contrario. Allí es donde nuestros diputados, con persistencia deplorable, van poco á poco apagando los entusiasmos que encendieron en los mitins; allí es donde olvidan las palabras que empeñaron, las promesas que hicieron.

Y de allí parten los miasmas del escepticismo que van poco á poco invadiendo los espíritus, y que hace que en Madrid se hayan perdido 24 000 votos desde 1910 acá, y que en Barcelona sólo salgan dos diputados, y por votación escasa, comparada con la que alcanzaron en otras elecciones.

Quintos y veteranos

Pues verán ustedes lo que me ocurrió en las elecciones de 1914.

Al enterarme de que habían sido

elegidos diputados por vez primera varios republicanos, halagué por un momento la ilusión de que al cabo de los años mil volverían las aguas por donde solían ir. Pero ¡ay! me engañé como tantas otras veces. Los quintos se portaron poco más ó menos como los veteranos.

Al saber ahora lo que algunos de los diputados cesantes decían en los mitins acerca de su labor en las Cortes, quedéme estupefacto, pues yo tenía entendido que nada grande y revolucionario habían hecho.

Es posible, aunque yo lo ignore, que hicieran cuanto pudiesen; pero en este caso ¡qué poco pudieron!

Y si podían hacer más y no lo hicieron, ¡qué responsabilidad!

Y si es que no puede hacerse más allí ¿á qué ese empeño en volver? De claro que no lo comprendo.

Pero, en fin, cuando ellos desean volver, sus razones tendrán, como yo la tengo para decir que no sé qué tiene la atmósfera del Congreso, que enerva á los revolucionarios de mitins en menos tiempo que el calor tropical desmadeja á los nacidos en el Polo Norte.

Veremos si los nuevos que van ahora, cuatro, si no recuerdo mal, tienen más resistencia física, moral ó intelectual para respirar en la atmósfera aquella.

Cuenten por adelantado con el aplauso de todos los republicanos, y con el mío el primero, si no se contagian ni se rinden.

Igual ocho que ochenta

A veces me pregunto:

¿Qué le ocurriría al republicanismo si el pueblo se abstuviera en absoluto de votar y no llevara ni un diputado al Congreso?

Y me respondo:

Esto: que no tendría más hombres de mérito que tiene hoy retraídos, por no prestarse á corear en sus desavenencias y sus odios á jefes ni jefecillos; y que el pueblo, la masa, no iría perdiendo más aprisa que ahora la fe, al verse engañado y burlado por aquellos en quien puso su confianza.

Y después de la anterior, me hago esta otra pregunta:

¿Y qué le ocurriría á la Monarquía si el republicanismo llevara cuarenta ó cincuenta diputados al Congreso?

Nada que se diferenciase de lo de ahora, siguiendo los elegidos la marcha que hasta aquí. Se aprobarían los Presupuestos, cada vez más crecidos. Continuaría en vigor la Ley de Jurisdicciones. Las cárceles y los presidios seguirían albergando periodistas como el tufo á inmoralidad asfixiando á España. Los gobiernos sacarían á flote las leyes que se les antojase y dejarían incumplidas las que les convinieran. La administración de justicia no garantizaría la tranquilidad espiritual de los que tuvieran que recurrir á ella. Los caciques proseguirían

cometiendo desafueros, cuando no crímenes. Las órdenes religiosas seguirían aumentando, captando y desmoralizando; es decir, que estaríamos exactamente como hoy.

No, no es el número de diputados lo importante, sino la calidad.

A lo que deben ir

¿A qué envía el partido diputados al Congreso?

A combatir por todos los medios la Monarquía, poniendo de relieve la imposibilidad de que España se moralice, se robustezca y se dignifique bajo su mando. A oponerse enérgicamente á todos los desafueros de los gobiernos y á enterar al país de sus agios é inmoralidades. A que no pase sin la debida protesta ninguna transgresión de Ley, y menos ninguna vulneración de Justicia. A esto, y á todo lo que se deriva de esto se les envía.

¿Y qué hacen ó qué evitan? Nada. Ya se lo dijo Dato una tarde, al contestar á ciertas acusaciones. «Todo lo hemos hecho estando ustedes ahí», palabras que, por incontestables, no despertaron la indignación que debían.

¿Que alguna vez la minoría republicana lanzó durísimos cargos á los gobiernos de la Restauración? Ciertamente; pero sobre que nunca fueron tan contundentes como los que los mismos monárquicos se han echado en cara, puede decirse á la minoría: «No has debido hacerlo alguna vez, sino todas las veces; siempre y á cada instante.

En la *Cartilla del Carabinero* figura este artículo:

«La profesión del carabinero es toda de abnegación, sacrificios y resignación; y la mayor recompensa á que puede aspirar, es á que sus jefes reconozcan el valor de sus distinguidas acciones.»

Parodiando ese hermoso artículo, podría decirse en este caso:

«El cargo de diputado republicano exige convicción, talento, perseverancia y desinterés; y la mayor recompensa á que debe aspirar, es á que el Pueblo reconozca que cumplió leal y fielmente cuantas promesas le hizo.»

Aspiración que hasta hoy, dicho sea sin hscer excepciones, no ha visto el Pueblo satisfecha.

Un rato á cómicos

Hubo un tiempo en que fustigué despiadadamente á los cómicos. ¡Un hombre que finge pasiones que no siente; que lo mismo caracteriza un rey que un mendigo, un fraile que un rufián! Me indignaba tal rebajamiento, que creía incompatible con la dignidad humana.

Después varié de opinión por completo, al tratar á algunos cómicos que sólo hacían comedias en el teatro.

Y más tarde llegué á sentir hacia

ellos hasta agradecimiento, por proporcionarme horas de solaz deleitoso.

Y hasta pensé alguna vez, que quizás no fuera sólo por esto, sino por que, al compararlos con los histriones de la política republicana (de los de la monárquica no hablo, porque no me alcanzan las salpicaduras de sus actos censurables), me resultan los cómicos más dignos, puesto que no aspiran á que se les crea, ni á que se les haga diputados, sino á que se les aplauda si representan bien su papel.

Hay otra razón para que yo prefiera los cómicos del teatro á los de la política: son más amenos. Los simplemente políticos resultan monótonos como loros... ¡Siempre lo mismo! Frases hechas, igual tratándose de amenazar palabreramente á la Monarquía, que de anunciar venturas idílicas con la República. Es desesperante oírlos.

Gracias á que los republicanos son sumamente propensos al entusiasmo, que si no, se verían tan solos los oradores, que antes de comenzar sus peroratas tendrían que tomar el olivo murmurando:

¡Qué espantosa soledad!

Pigmeos soñadores

Los varios rebajamientos de talla que nos hemos visto obligados á hacer para elegir diputados, han producido este resultado lógico: que hoy sueñen con alcanzar ese cargo algunos individuos que en otro tiempo hubieran creído colmada su ambición presidiendo un Comité de distrito, á lo sumo.

Es posible que algún insignificante de esos se trajera al secreto de la revolución, como antes llevaba algún soldado en su mochila el bastón de general.

Pero no lo creo. Ninguno de esos que sueñan ahora con ser diputados se trae nada. Ya nos contentaríamos con que no abrigase ninguno el propósito de ver si podía llevarse algo.

Esto no quiere decir que yo niegue que si á Dios le pluguiera hacer un milagro, no fuera un genio cada uno de esos por oscurecido que esté hoy. Sixto V guardó clericales modestos, vulgo cerdos, antes de ser Papa.

Y ahora que hablo de esto, haré una confesión penosa.

Nunca me creí con las aptitudes necesarias para desempeñar dignamente el cargo de diputado, diferenciándome en esto de la mayoría de mis correligionarios que medio saben leer y enjaretar por escrito ó de palabra frases hechas.

Comprendo que los monárquicos no se preocupen de este punto, pues, en suma, para decir sí ó no, previo mandato ó consejo, cualquiera sirve; pero no que piensen del mismo modo los republicanos, cada uno de los cuales puede verse constreñido á luchar aislado en primera línea.

No ignoro que la osadía es por lo

común patrimonio de los mediocres, y que hay forzosamente que transigir con los pigmeos cuando faltan hombres de elevada estatura; pero ¡por Cristo! no tanto, no tanto...

La noble aspiración á sacrificarse por un ideal, no supone precisamente que se posean condiciones especiales para desempeñar ciertos cargos.

El caciquismo

Ninguna prueba mayor del que predomina entre nosotros, que la elección de Miguel Morayta y Serrano por Madrid.

No posee ninguna cualidad predominante que pueda entusiasmar á nuestros correligionarios: ni escritor insigne es; ni orador elocuente; ni ha prestado al republicanismo ningún servicio que imponga la gratitud; ni realizado acto alguno que excite la admiración. Y, sin embargo, ha triunfado por más votos que Pablo Iglesias, jefe del partido socialista.

¿Por qué? Porque es maestro insuperable en el caciqueo, según es público y notorio.

Si se me dijera que no es por esto, sino porque tiene muy bien organizado el distrito de la Universidad, yo contestaría que tanto monta. La buena organización pudo servir para que todos los individuos del distrito votaran, no para que reconocieran en él condiciones que acaso tenga, pero que hasta hoy ha ocultado modestamente.

Pudor risible

No se habla con ningún republicano de los que creen que el serlo no es un oficio, que en la intimidad no se lamenta de la marcha desastrosa que han impreso al partido unos cuantos hombres. Y, no obstante, cuando hablan en público ó cuando escriben, ocultan cuidadosamente su opinión, ó exponer la contraria.

Por esto, de los discursos pronunciados en los días anteriores á la derrota electoral de los republicanos en Madrid, los que me agradaron más fueron los de Ricardo Fuente, que no anduvo con repulgos de empanada para señalar algunas de las faltas y errores grandes del partido, sin emplear frases de cliché ni adoptar actitudes trágicas, ni hacer desplantes de bravura revolucionaria gastados ya á puro emplearlos teóricamente.

Hablaré algún día de algo de lo que dijo sobre la conducta de los republicanos con la Prensa del partido, censurable á más no poder.

JOSÉ NAKENS

Al borde del abismo

Lo imposible se realizó. El hombre cien veces eminente, *el que lo ha sido todo y lo es todo*, Azcárate, en fin, no ha podido ser ahora diputado. Es-

paña está, por lo tanto, irremisiblemente perdida.

El estupor ha sido general, lo mismo aquí que en el extranjero. Hay quien cree que Bélgica y Serbia podrán salvarse aún, pero que España no tiene remedio ya. El cielo haga que no se cumpla tan aterrador vaticinio.

¡Azcárate fuera del Parlamento! Se concibe esto menos que una orquesta sin director y un barco de vela sin timonel. ¿Quién marcará el compás? ¿Quién el rumbo?

Hay que admitir la teoría de los hombres necesarios. Azcárate lo ha sido para España desde 1885 en que fué al Congreso por vez primera. De entonces data nuestra redención moral, nuestra regeneración política, nuestra prosperidad económica. Nadie osa negarlo.

Yo, que nunca pude explicarme ningún misterio, ni el de la Trinidad siquiera, me explico perfectamente que España esté aterrada. ¿Qué va á ser de ella, no pudiendo ese hombre providencial alzar su voz en el Congreso?

Dícese que el día de la apertura irán los diputados de luto riguroso y que aprobarán por unanimidad una proposición de ley decretando el duelo nacional por un año. Me parece bien. Y aun es poco tratándose de ese hombre que nos envidia el mundo.

Pero se me ocurre esta duda:

¿Existirá España dentro de un año, dada la rapidez con que avanza la anemia cerebral que padece?

Síntoma terrible es el que le haya preocupado tanto que salga ó no diputado ese hombre que va á llevarse al sepulcro el secreto de todos los grandes proyectos que quizás guarde en su cerebro, pero que no se ha dignado revelarnoslos. Sabio más avaro de su sabiduría, y más reservado que él, no se conoció jamás. Con él no reza aquello de «por sus obras los conoceréis», porque no ha hecho ninguna digna de ser mencionada en lo porvenir.

Esto no obstante, y por seguir la broma, me sumaré á los guasones que sostienen muy serios que Azcárate es una gloria nacional.

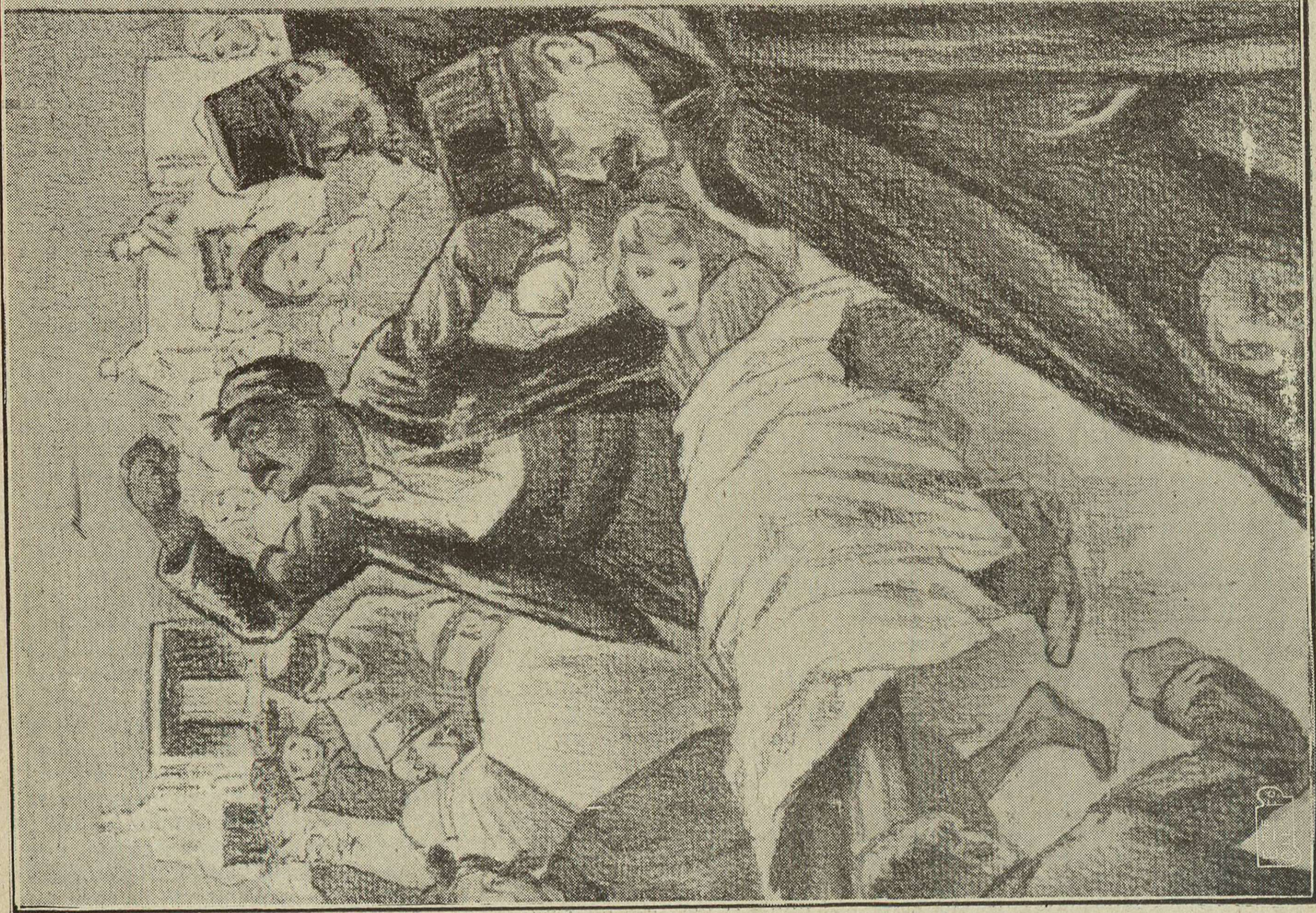
Juzgándolo imparcialmente, es una de nuestras medianías más sobresalientes.

Muy bien administrada; esto sí. — J. N.

Ahora ó nunca

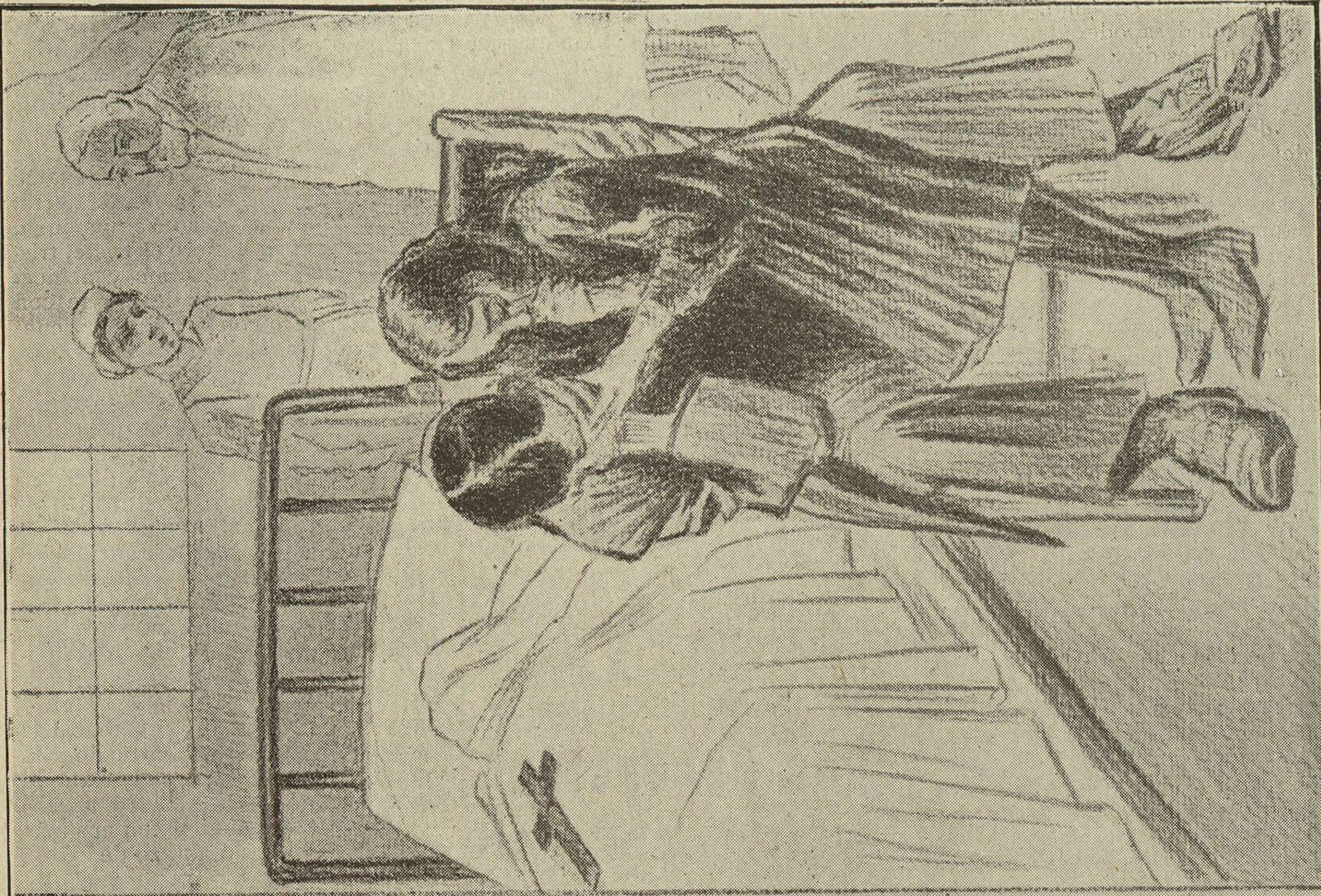
Con el corazón desgarrado, con el alma sangrando, como le habrá ocurrido á todo el que amando la Idea sobre todas las cosas, más que á sí mismo, pues á la Idea lo sacrificó todo, juventud, posición social... he asistido al triste espectáculo de la última lucha electoral.

La «Kultur» Alemana desde el Cielo.



Ha pasado un zeppelin.

El triunfo del zeppelin.



Pero la mamá no había hecho nada malo. ¿No es verdad, papá?
(Dibujo de Kachinae 1918.)

Ciegos por el egoísmo, presa de una ambición desapoderada, nuestros correligionarios divididos en bandos que se combatían á muerte, han abierto durante el período de la saturnal de los comicios, las compuertas del odio y de la injuria; durante veinte días se han complacido en injuriarse, se han recreado en enlodarse de una manera brutal, soez, infame, sin respeto ni miramiento alguno á la decencia ni á la justicia.

¡Qué triste espectáculo hemos dado! ¡Cómo han debido congratularse los enemigos de la exhibición de nuestras miserias morales! Con sólo recoger la mitad de las infamias que han vomitado las bocas y estampado las plumas, dirigiéndoselas unos á otros, los partidarios del actual podrido régimen podrían presentarse como superiores á nosotros en dignidad, en decoro público y privado, en patriotismo, en talento...

¡Hasta los que en presidio purgan los crímenes más atroces, podrían sostener con ventaja la comparación con los candidatos que aspiraban al honor de representarnos en las Cortes!

Pasada la siniestra ola de demencia, adormecido el furor iconoclasta y suicida al propio tiempo; después del porrazo brutal de una vergonzosa derrota, se habla ahora con aire de contrición de la unión republicana, se invoca por millonésima vez que no la cuestión de doctrina, sino la misérrima de personas, es lo que divide á nuestra gran familia, y se la llama á la concordia por la Patria, por la Libertad, por la Justicia que peligran.

Así debería haberse hablado antes, y mejor que hablado procedido, rindiendo culto á la nobleza de las miras, dando pruebas de desinterés y abnegación ante la patria que agoniza.

Pero no; influidos por un *yoísmo* satánico y criminal, salimos á hablar de unión después de habernos destrozado sin piedad, cuando hemos sembrado las calles de girones de honra, convertido las esquinas de los edificios en picota del correligionario, los diarios en vertederos de injurias procazes, de infamias de burdel grabados con sangre por la pluma transformada en navaja de rufián esgrimida por indecente matasiete y espartañocho.

Y... sin embargo, en la unión de abajo arriba, sincera, leal, comunión de almas, ayuntamiento fecundo de energías desinteresadas, no en la cópula de bastardos intereses, está la salvación del republicanismo y la esperanza en la regeneración de la patria en estos momentos en que tiembla Europa agitada por una guerra sin ejemplo.

Sí, vayamos á la unión; haga el pueblo la unión, pero ¡guárdese bien de encumbrar á ninguno de los que hasta ahora hizo depositario de sus destinos!

Ellos nos concitaron unos contra otros; ellos, por ambición personal, nos despedazaron; ellos nos han reducido á la impotencia de ridículos enanos de la venta; ellos nos han ofrendado á la monarquía para su solaz en esta última electoral contienda.

Los republicanos que se han retraído afligidos unos, asqueados otros; los buenos y probados que no han querido figurar como comparsas en esta comedia á beneficio del régimen, deben reaccionar; han de formar el cuadro contra los enemigos de casa, que son el personalismo, la jefatura unipersonal, y organizar las huestes con arreglo á un plan.

El de Nakens, organizando el partido republicano por provincias, me parece el más democrático, el más práctico, el más rápido, y, sobre todo, el más fructífero.

Ahora ó nunca.

Lo que es otras elecciones no las resiste el partido.

CRISTÓBAL LITRÁN

Barcelona 12 Abril 1916.

Por excepción

Faltando á mi costumbre de no publicar los escritos en que se me elogia, inserto esta carta, si bien suprimiendo algo, por tratarse de un republicano bien probado y periodista distinguido, apartado hace tiempo de la lucha activa, y al que quiero mucho:

«Mi querido D. José: Si usted no aplicase de cuando en cuando sus maravillosos tónicos á base de Verdad y Franqueza, que tanto fortifican al republicanismo individual, estaría todo invadido por la gusanera. La gusanera es originaria del Casino, se desarrolla ampliamente en el Comité, se estaciona en la Junta y el Directorio y se manifiesta en todo su esplendor en la jerarquía afianzada por el cargo público.

La gusanera republicana es tradicional como el piojo en los *probes*. Por Andalucía perdura como en tiempos primitivos el hábito de perder unas horas diarias cada madre de familia machándole piojitos á los chicos y las viejas, cara al sol, con el dilatado horizonte de la estupidez ante los ojos.

Así mismo los republicanos que debieran exterminar de una vez la reproducción del insecto miserable del egoísmo personal, injustificado en política, se pasan los años rutinariamente predicando cosas huecas, sin sustancia, pero de exclusiva conveniencia particular, dejando la colectividad en forma que nadie se acerca por temor á entrar en ganas de ciscarse.

Cuando usted pare de decir esas frescas que á la mayoría les rebotan, pero á otros vigorizan para persistir

en nobles y dignos propósitos, esto se acabó en definitiva, irrevocablemente.

Hay pocos periódicos republicanos que, como EL MOTIN, no engendren poco á poco la hipocresía para alcanzar la adaptación.

Yo no tengo interés excepcional ni es necesario á mi vivir sobre la tierra, que el republicanismo se imponga, gobierne y dirija... Pero es triste, trisísimo, y además deprime y achica, observar el contraste de lo que con modestia, pero con convicción generosa ayudó uno alentando creencias vanas, y lo que ve de farsa, embuste, miseria y sinvergüencería á los treinta años de lealtad sin haber pedido, ni aceptado ni bebido de *mi* política ni un vaso de agua.

Que la Naturaleza, querido D. José, le dé á usted energías y bríos para lo unico que puede aliviar reflexivamente nuestro ánimo en este orden; decir la verdad, describir con sinceridad la situación; y de este modo, quien lea EL MOTIN, tomará la posición y rumbo que prefiera sin ser engañado con arteria por el extenso cuerpo de alcahuetas republicanas que, con el discurso, el artículo y la organización negocian en la trata de ingenuos.

Salud, mucha salud y con mis más efusivos afectos, un abrazo de

PEPE ALIUS

Málaga 7 Abril 1916.

Amigo Pepe: Me dicen muchos amigos lo que usted: que el día que pase á mejor vida, es decir, al Inferno), no habrá quien diga la Verdad al partido.

Hay en esto bastante exageración. Siempre la voz de esa antipática señora saldrá por una ó por otra boca; lo único que sí creo, es que quizás tarde un poco en presentarse en escena otro ciudadano tan imbécil como yo, que se pase toda una vida, sin cansarse, de predicar en desierto y machacar en hierro frío.

¡Las veces que se me ha ocurrido no ocuparme de política y consagrar el poco tiempo que ya me queda de andar por aquí, al *descatolizamiento* de mis religiosos contemporáneos, que en nada creen! Y no solamente lo he pensado, sino que lo he dicho, y hasta he pasado algún tiempo sin ocuparme de política para nada.

Pero ¡oh volubilidad humana!; á lo mejor (ó á lo peor) me olvidaba de lo ofrecido, y volvía á las andadas. Hay monomanías incurables y necios irredimibles.

Mas ahora advierto que le estoy hablando á uno de mi cuerda, y no prosigo, temeroso de que se encalabrine y tome de nuevo parte en la política activa del republicanismo, cada día más apartado del camino que debía seguir para alcanzar los fines deseados.

Un ruego antes de terminar.

Si vuelve usted á escribirme sobre

asuntos políticos, suprime las alabanzas que su amistad le dicte, para evitarme la contrariedad de suprimir ni una letra de las observaciones que usted sabe hacer con tanta dosis de buen sentido, tanto ingenio y tanta gracia.

Su viejo amigo y amigo viejo-J. N.

La lámina de hoy

He recibido un cuaderno con varios dibujos del célebre caricaturista holandés, Luis Raemaekers, que acaba de ser condecorado en París con la cruz de la Legión de Honor por varios trabajos alusivos á la guerra.

Iré reproduciendo algunos dibujos en EL MOTIN, para que mis lectores puedan admirarlos. El del número de hoy es uno de ellos.

Cine clerical

¡No salió!

—Mala cara lleva usted, doña Dionisia.

—No me diga usted nada, que estoy que bufo.

—Vamos, ya me lo figuro... Lo de su esposo...

—Sí, una marranada más que tenemos que agradecerle á Romanones. Primero que con el art. 29, después que era el candidato ministerial, y que todo el distrito le apoyaría de cabeza. Y, ya ve usted: ha salido ese sinvergüenza de Novales.

—¡Cosas de la política!... Ustedes se han dormido un poco... Su marido no vale para estos trotes... Está muy apegado á su vida comodona, á sus cofradías, á sus frailes.

—¡Ah! Si yo llevara unos pantalones... ¡He pasado cada berrinche!... Todo el día estaba como una misionera: «Pero, hombre, muévete... Publica algún suelto en el *Diario Universal*... Haz una visita á tu distrito, celebra algún mitin, bulle, que te vean, que te conozcan... Imita á tu rival Novales.» Como si no, y así ha salido ello... ¡Con las ganas que yo tenía de ser diputada!

—Otra vez será.

—No será con los liberales... Si es lo que yo le digo á mi marido: con esta gente no se va á ninguna parte... Son muchos perros para tan pocas tajadas... Hay mucha hambre en este partido... A mí no hay quien me quite de la cabeza que Maura es el que mueve todo el tinglado detrás de la cortina... Yo le aconsejo á mi marido que se vaya con los conservadores, que se suscriba á *La Acción*, que deje á los capuchinos y se confiese con los padres jesuitas; pero, hija, no sacó nada en limpio, y eso que él está con esto hecho una furia... Pero con un apretón de manos que le dió Ro-

manones el día de la jura, y con decirle: «Ya arreglaremos eso, Encina», está ya tan resignado. ¡Qué hombres, señora, qué hombres!

—Pues las de Novales no se cansan de decir por todas partes que el acta se la deben á Dato, y al Superior de los jesuitas de Murcia, y eso que Novales no tiene nada de católico, que digamos. ¡Menudo atracón de pollo y salmón se dió el Viernes Santo en el Hotel Ritz! Todo Madrid lo supo.

—Pues éstos son los que se chupan las brevas. Es lo que yo digo: la cuestión es aparentar mucha religión, y subir, y allá cada uno con su conciencia. ¿Por qué le han dado la subsecretaría á Pilatin? Por ser tesorero de la Almudena. ¿Por qué fué el chico de las de Trapillo á la embajada alemana? Por haber colaborado en *La Lectura Dominical*. Y á la Tafetanes, ¿por qué la han hecho dama de servicio? Por ser prima de la Superiora de las Esclavas y mangonear en eso del ropero de Santa Tecla, y ya sabemos cómo las gasta esta señora. Ha tenido ya veinticinco secretarios, y todos guapos y robustos como robles. Hay que oír lo que cuentan los criados de aquella casa... Señora, ¡hasta en el oratorio!

—¡Ave María!

—Lo que oye usted... Esto, esto es lo que priva, mucha hipocresía y mucha porquería por dentro... A los que van de buena, como el zángano de mi marido, se les deja apeados.

—Pues, á escarmentar para otra vez.

—No, eso corre de mi cuenta... Si antes de un mes no hay una Dirección para mi marido, le rompo al cojo la otra pata. ¡Bonita soy yo!

—Agárrese usted á los jesuitas, y todo saldrá bien.

—Aunque haya que comulgar tres veces al día, se lo juro.

FRAY GERUNDIO

ASÍ, CLARITO

Con frecuencia se dan de baja algunos suscriptores de EL MOTIN, por si no doy cuenta de que se casan fuera de la Iglesia, ó de que no bautizan un niño hermoso y robusto que sus señoras les dieron, ó que enterraron á un deudo suyo en el cementerio civil; lo cual me hace suponer si habrá quien realice los actos esos únicamente para proporcionarse la pueril satisfacción de ver su nombre en letras de molde.

No comprenden que un periódico semanal que tira once mil ejemplares, no puede dar gusto á todos en este punto: habría números que ni Dios podría leerlos por la aglomeración de sucesos de esta índole.

Sepan, pues, todos los lectores, que no me ocuparé de ningún acto civil, sino cuando la notoriedad de los que lo realicen lo reclame, ó cuando por

algún incidente especial convenga darlo á conocer.

Pueden, por consiguiente, darse de baja desde luego los suscriptores que crean que fundé EL MOTIN para satisfacer vanidades ajenas, basadas en actos que todo republicano y libre-pensador debe realizar sin darles otra importancia que la del cumplimiento de un deber elemental y sencillo.

¿Que es conveniente dar publicidad á esos actos, para que otros correccionarios entren en ganas de realizarlos?

Nunca el no convencido los realizará por más ejemplos que vea. Esto no quiere decir que yo no los publicara si EL MOTIN fuese diario. Siendo semanal, no debo hacerlo. Sería, por complacer á unos cuantos, molestar ó aburrir á los demás lectores.

Alcaldes de Real orden

Durante el cuatrienio de mi concejalía, conocí los siguientes Alcaldes Presidentes de Real orden: Señores Aguilera, Francos Rodríguez, Vicenti, Jiménez y Vizconde de Eza.

Estos señores Alcaldes Presidentes, todos ellos políticos, extraños á la Corporación municipal, despojada de la autoridad que en ella delegaron sus electores, para elegir á su vez quien ha de presidirlos, representando la mayoría que los votara, y cumpliendo con la voluntad popular y democrática, con sus cambios son perturbadores de la buena marcha de la Administración municipal, mecánicamente obstruccionistas del despacho de asuntos, aplazando las tramitaciones, suspendidas muchas de ellas en su curso, mientras las estudian y conocen y se adaptan ó no á ellas, ó de hecho las abandonan, porque su criterio es contrario á los que les precedieron en la Alcaldía.

Si en estos señores Presidentes del Ayuntamiento, nombrados de Real orden, concurrese la circunstancia de ser también Concejales, aunque sería igualmente atentatorio al fuero edilicio de elegir al que les presidiera, se evitaría mucho ó todo de cuanto sucede con ese trasiego de Alcaldes, pues, como Concejales, estarían al corriente del despacho de asuntos, conocerían al personal y procederían con criterio propio, y no con el ajeno de los empleados con los que tienen más contacto y suelen ser los que asesoran á estos señores políticos, que, seguramente, allá en su conciencia, al verse en el sitio presidencial, sin poder intervenir en las votaciones, no sólo se sentirán extraños ó intrusos en el seno del Concejo, sino también, si conservan alguna susceptibilidad, sentirán en su rostro el calor del sonrojo, al considerar que ostentando la representación de la Corporación popular, no tienen ni un sufragio del pueblo.

—Tomé posesión del cargo de Concejál, preocupado por no crearme con aptitud bastante, si había de corresponder la constitución del Ayuntamiento, á los grandes y complejos intereses de la Metrópoli. Creía encontrarme en los escaños del Concejo con personalidades de lo

más distinguido de la Villa y Corte, en el concepto de competentes en industria, comercio, banca, ciencia, letras, etc. Esta fué mi decepción primera.

¿Causa de esto? Reflexioné, y á mi juicio conseguí explicármelo. Al vecino madrileño, como á los de las grandes poblaciones, se le detenta en parte el derecho á elegir á todos nuestros Concejales, por convenirle así al presente régimen. Las diez Tenencias alcaldías, compartidas en otros tantos distritos, son auxiliares del Ayuntamiento, dependencias, y no tienen condición alguna municipal orgánica. Hoy son diez, como ayer fueron ocho ó seis, y como pueden ser mañana doce ó quince los distritos. Pero aunque no sea más que considerar que cada Concejal no sale elegido más que por las muchas veces supuesta ó suplantada mayoría de electores de un distrito, que viene á ser, en total, ¡una décima! del censo electoral de la población, de ahí que los Concejales elegidos, por sólo la mayoría de una décima, que desde luego y por lo menos, puede reducirse á una vigésima, descontando los que no votan y los que votan en contrario, no han sufrido la selección y el depuramiento de los candidatos, como á buen seguro lo hubieran sido interviniendo todo el cuerpo electoral y no, á lo más, una vigésima.

Este sistema arbitrario es el causante de que lluegan á ser Concejales los caciques de los distritos, ú otros logreros políticos, cuyos nombres no conoce el resto del vecindario y menos sus condiciones y aptitudes. Y, por si esto fuera poco, se da el caso en muchas ó todas las elecciones, que por un distrito se proclame Concejal á un candidato que alcanza unos mil votos (con muchos menos lo han sido), mientras candidatos de otros distritos quedan en estado de merecer habiendo conseguido dos ó tres mil sufragios. O, más claro: mil electores consiguen que triunfe su candidato, y otros dos ó tres mil, de la misma población y censo, no logran su representación en el Municipio. ¿Continuará prevaleciendo sistema tan absurdo?

—El personal del Ayuntamiento y dependencias, en su gran mayoría, cumple con sus deberes, pero muchos de los servicios son deficientes y lentos en sus complejas tramitaciones, por la mala organización de sus muchos negociados y direcciones. Sobra estado mayor, que está bien retribuido, con relación á los demás empleados, cuyas escalas inferiores tienen unos haberes ínfimos. La carestía de subsistencias, viene siendo un proceso lento progresivo, aunque ahora alcanza más intensidad con la desdicha humana de la guerra europea. Mucho antes se venía haciendo imposible la vida de las clases media y obrera, en la Villa y Corte. Los sueldos y los jornales no corresponden al presupuesto más modesto de una familia á cubrir sus primeras necesidades. Se impone el aumento de sueldos y jornales.

—La ley llamada de Mellado, por la que se prohíbe la reelección de Concejales, no evita lo que con ella se pretende evitar, ni siquiera en la apariencia, pues al concejal no reelegible le suceden y reemplazan el padre ó el hijo, hermano, pariente ó deudo ó consocio, continuando sus mismas gerencias de gremios ó agencias de negocios, de contratas, etcétera, etc., para proseguir haciendo del Municipio granjería. Esta ley resulta, pues, contraproducente y merma en mu-

cho ó en todo la efectividad de las gestiones edilicias. Así que transcurre el primer bienio, contra sus iniciativas, empieza el sistema del aplazamiento, multiplicando los trámites, hasta que expira el bienio, hasta que cesan los *usías transitorios*, á la vez que sus iniciativas van al cesto de papeles, *precisamente porque no pueden ser elegibles*. No hay Concejal que, en el año último, no advierta, y hasta le moleste, el cambio despectivo que se nota en el trato de algunos altos empleados.

La Administración municipal, en los gastos, resulta despilfarradora; los errores en las obras y otros proyectos, paternalmente los subsana con el haber de su Erario, sin que nunca haga efectivas las consiguientes responsabilidades. En mucho lesiona sus intereses, en los gastos; cero mucho más aún en los ingresos: las gorrientes recaudadoras no entran íntegras en el cauce que las lleva á la Caja, por mala organización, no tener clasificadas las industrias, ni siquiera disponer de una buena estadística. Mucho de esto supuede con las licencias de obras, calaperturas de establecimientos industriales, les; en general, de todas las que existen. La recaudación de los puestos ambulantes se practica con un sistema tan primitivo, que resulta como recoger agua en un cesto.

(Del folleto de Valdivieso, *Gestión edilicia*.)

Bibliografía

Los cuatro jinetes del Apocalipsis

Novela de Vicente Blasco Ibáñez

El eminente novelista español, que vive en París desde que se inició la guerra actual y ha recorrido varias veces el frente de batalla, acaba de producir una de sus obras maestras, tal vez la más completa, vigorosa y emocionante: *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*.

El simbolismo de esta gran novela está basado en la famosa obra del evangelista San Juan, que describe las cuatro calamidades de la humanidad, los cuatro jinetes apocalípticos, azote de los hombres. Uno que va montado en un caballo rojo y agita un mandoble, es la Guerra; otro que maneja un arco sobre su caballo blanco, es la Peste; otro que galopa en un caballo esquelético, es el Hambre; otro que cabalga sobre una montura pálida, es la Muerte. Y el mundo gime de dolor bajo el tempestuoso galope de estos cuatro fantasmas, servidores de la Bestia.

Sabido es que Blasco Ibáñez goza una fama mundial como novelista por su fuerza pictórica, por la habilidad con que sabe describir lo que contempla, dándole el vigoroso relieve de la realidad y el encanto del arte. Sus novelas, traducidas á todos los idiomas de Europa, y que han alcanzado numerosas ediciones, son la mejor prueba del aprecio en que le tienen los lectores de diversos países.

El espectáculo de la guerra, presenciado de cerca por el novelista, le ha hecho escribir una obra emocionante y magnífica que vivirá muchos años.

Blasco Ibáñez ha presenciado todas las agitaciones morales de París desde el principio de las hostilidades, ha vivido en las trincheras, ha recorrido los hospitales de sangre, ha conversado con los

prisioneros alemanes y conoce desde mucho antes de la guerra el alma germánica por haber estado muchas veces en Alemania. Con todos estos elementos, agregados á su fuerza evocadora de gran artista, ha producido una novela que indudablemente conseguirá enorme éxito.

La guerra es el fondo de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Y sobre este fondo se desarrollan escenas de amor y de sacrificio, conflictos de familia, la vida, en una palabra, que prosigue su desarrollo, pues no hay acontecimiento, por terrible que sea, que pueda torcer su curso.

Los capítulos que describen la retirada francesa, la invasión y la batalla del Marne, el dúo de amor desesperado ante la gruta de Lourdes y el final, titulado *Campos de Muerte*, resultan de una grandiosidad conmovedora. Los personajes son franceses, alemanes, españoles y sudamericanos.

Puede resumirse el mérito de este libro diciendo que es la obra vigorosa de un artista fuerte y genial que está en la plenitud de sus facultades.

Los cuatro jinetes del Apocalipsis, al mismo tiempo que aparece en español, se publica en importantes revistas de París, Londres y Amsterdam. Grandes diarios de la América latina han obtenido igualmente del autor el permiso de dar á conocer esta novela á sus lectores.

Forma un hermoso volumen de 400 páginas, con magnífica cubierta en color.

PRECIO: 3'50 PESETAS

De venta en todas las librerías de España y América.

Los pedidos á la Editorial PROMETEO, Germanías, F S, Valencia.

Biblioteca Pro-Multas

Hoy jueves se pone á la venta el libro

Cien sonetos

de

JOSE NAKENS

Precio: UNA peseta.

Debe enviarse también 25 céntimos para el certificado.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL

CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta obra on el 25 por 100 de rebaja.

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID